



Capítulo 1

... **S**eis... cinco... cuatro... tres... dos.... uno...
¡FELIZ AÑO 2010!

Se escuchó por los enormes bafles de la sala de fiestas de Madrid. Las serpentinas de colores volaban. La gente gritaba, se besaba, se abrazaba y sonreía, mientras música brasileña a todo trapo sonaba y el populacho bailaba en plan trencito.

«checheche... chechechecheche... chechechecheche... chechecheheeeeeeeeeee»

—¡Qué marcha, por Dios! —rio Marta al ver a sus amigos bailando al ritmo de los sonidos caribeños.

Patricia, una alocada castaña de ojos marrones, divertida y sudorosa, se acercó hasta ella con dos copas de champán y entregándole una le dijo a gritos:

—Brindemos porque el 2010 sea el año en el que consigamos todos nuestros sueños. Que por fin yo logre conocer a George Clooney y se plante de rodillas ante mí con un pedrusco que haga que el dedo me arrastre. Y tú, que olvides al impresentable del Musaraña y Hugo Silva te conozca y babea por ti.

Aquellos sueños y en especial la locura de su amiga hizo reír a Marta. Chocaron las copas y bebieron. Recordar a su ex, el Musaraña, no le gustó. No le traía buenos recuerdos. Pero como el ambiente era divertido, miró a su chiflada amiga y recalcó:

—Ahora me toca brindar a mí ¿no crees? —Patricia asintió y Marta levantando su copa gritó—. ¡Brindemos porque el Clooney te haga salir en el HOLA con tu enorme pedrusco, porque mi niña siga feliz y finalmente porque yo conozca a un latino de ojos, cuerpo y demás igualito al Silva!

—Tu niña hoy estará pasándose pipas con los amigos. No te preocupes.

—Lo sé. Pero es el primer año que no pasamos juntas la Nochevieja y me siento extraña sin ella —sonrió Marta al pensar en ella.

—Ya era hora, ¿no? —se mofó Patricia mirándola.

Divertidas volvieron a brindar y beber, mientras la gente, feliz, bailaba a su alrededor.

—¿Tiene que ser moreno? El Musaraña era moreno y te salió sapo.

—Sí, tiene que ser moreno. Los rubios no son mi tipo. Donde esté un morenazo, de piel curtida por el sol y latino, que se quite lo descolorido.

En ese momento se acercó hasta ellas un chico de pelo rubio con una *taja* considerable. Brindó con ellas y tras decir cuatro chorradas se marchó.

—¿Lo ves?—dijo Marta—. Rubio... ¡Qué horror!

Adrian, el amigo de ellas, llegó acalorado hasta donde estas reían y tras coger una de las copas que había encima de la mesa, cuchicheó:

—No os lo vais a creer, nenas, pero acabo de ligar con el camarero más buenorro de la barra izquierda.

Ambas se giraron con rapidez para mirar.

—¡Por favor! ¡No se os puede contar nada! Queréis dejar de mirar con ese descaro de porteras. Me lo vais a asustar —gritó.

Divertidas le volvieron a mirar y Adrian, tras beber de su copa, señaló tocando el borde de la barra:

—Sed sinceras ¿Qué os parece?

—Pero si no nos has dejado mirar —se quejó Marta.

—Vale... primero mira tú y luego ella. Pero con disimulo, por favor, Marta. Que no se note que le estás haciendo un escaneo en profundidad. —Susurró Adrian, resoplando y retirándose su teñido flequillo de la cara.

Marta, con la mejor de sus sonrisas, se volvió y miró al camarero que atendía a varias personas a la vez. No tendría ni treinta años. Era castaño, de pelo largo, cara guapa y por la camisa blanca abierta que llevaba vislumbró unos marcados abdominales. Volviéndose de nuevo hacia Adrian que no paraba de moverse, susurró:

—Es tu tipo, rey. Jovencito, melenita, aspecto aniñado, tabletitas de chocolate... a por él.

—¿Te he dicho que te quiero, Martita? —aplaudió al escucharla.

—Sí, Adriancito. Cada vez que digo lo que quieres oír —sonrió aquella.

—Ahora miraré yo —dijo Patricia y volviéndose hacia aquel tras unos segundos miró a su amigo y preguntó—. Joder me encanta su pelo. ¿Seguro que es gay?

Al escucharla este abrió la boca y señalándola con el dedo aclaró:

—¡Lo he visto yo primero... so loba! Y por supuesto que es gay.

—Tranquilo... tranquilo. Yo ya le he echado el ojo a alguien que es más mi tipo —dijo Patricia carcajeándose.

—¿Quién? —preguntaron al unisono Marta y Adrian.

Patricia, al ver la expectación causada, señaló con el dedo a un tipo que no muy lejos de ella hablaba y se apretaba el oído para que no se le saliera el pinganillo que llevaba dentro. Era uno de los seguratas de la sala de fiestas. Alto, cuadrado, con el pelo recogido en una coleta y con un traje oscuro que le quedaba como un guante.

—Totalmente tu tipo, reina. ¡Un cachas perdonavidas! —asintió Adrian, y mofándose de Marta dijo señalando a uno que pasaba ante ellas—: Mira, Marta... ese es tu tipo. ¿A que se parece al Musaraña?

Conteniendo la risa los tres miraron a un hombre moreno, alto, delgado y con mirada de castigador. Iba agarrado a dos mujeres y por su actitud chulesca se debía creer el rey de la fiesta.

—Oh, sí... ese el tipo de hombre de nuestra niña. Escuchimizado pero con algo que gusta. Moreno y con cara de cabrito —Marta incrédula la miró y Patricia aclaró—. Aunque, bueno, reconozco que el Musaraña era más guapo que ese.

—Mucho más. Pero bastante más —apuntó Marta.

—Sí... sí... tienes razón —admitió Patricia haciéndola reír.

—*Uis nena*. Con lo mona que eres y el *glamourazo* que te

gastas cuando te pones, te mereces algo mejor que simples sapos como el impresentable del Musaraña —dijo Adrian.

Marta iba a responder cuando Patricia la interrumpió.

—Brindemos porque Marta en el 2010 conozca una estu-
penda rana, que le quite *¡to er sentío!* Y que le haga olvidar los
asquerosos sapos que ha conocido hasta el momento.

—Ya que te pones ¡que la rana se convierta en príncipe!
—apuntó Adrian.

Incapaz de no sonreír Marta levantó la copa y brindó. Si
algo tenía claro era que no quería volver a sufrir por ningún
sapo más.